



Cuautitlán Izcalli III

En medio de este panorama mundial (esbozado en los anteriores artículos) nace Cuautitlán Izcalli, el municipio número 121 del Estado de México. Su origen, nos dice hoy el mito fundacional, se debió a la necesidad de crear una ciudad independiente a la Ciudad de México; pero no sólo eso, también sería una ciudad autónoma y autosuficiente, con una calidad de vida envidiable y óptima para el millón 600 mil habitantes que tenían considerados para habitar una extensión de casi 110 km². El trazo, como ya he comentado en otros espacios, había sido alabado por urbanistas de tal fama internacional que sin necesidad de nombrarlos eran reconocidos por todos.

Sin embargo, algo no cuadra en esta nueva tierra de ensueños. Si bien el año del decreto que le dio vida oficial al municipio fue 1973, lo cierto es que la nueva ciudad comenzó a construirse en 1971, año en el que se estrenaba en salas nacionales una de las películas icónicas del cine mexicano “Mecánica Nacional”, de Luis Alcoriza, y dos películas del Santo, una contra la hija de Frankenstein y otra sobre la venganza de la momia. Es decir, a principios de esta década el cine mexicano jugaba un papel de primer orden en la vida de todos los habitantes de cualquier ciudad, ya fuera grande o pequeña. Para este año, ya se tenían en nuestro municipio algunas empresas y asentamientos urbanos (además de los también míticos trece pueblos), pero se invitaron a más empresas, se comenzaron a construir nuevas colonias, los sindicatos cercanos y obedientes al gobierno comenzaron a traer a los primeros habitantes, se vendieron grandes lotes de terreno a la iniciativa privada para que se dotara de servicios al hoy Centro Urbano, principal eje de desarrollo para la futurística ciudad. Todo estaba a la mesa, menos el principal valor para cualquier sociedad del mundo: la cultura. Y no sólo eso, el acceso a la cultura brillaba por su ausencia. Quizá bajo el concepto de “servicios” alguien había considerado a los recintos culturales y artísticos, pero lo cierto es que durante la década de los 70s nuestro municipio careció hasta del más rudimentario teatro auspiciado por el Estado. Y no es que el gobierno tenga la obligación de financiar las creaciones artísticas, pero sí tiene la obligación de hacer posible su desarrollo, por lo menos, mediante la construcción de la infraestructura necesaria.

Son muchas las historias de los primeros habitantes sobre la dificultad para vivir en Izcalli durante los primeros años. Los mercados estaban lejos, el transporte público era casi nulo, los primeros en llegar a habitar aún tenían su trabajo en otro municipio y la oferta de las primeras empresas había sido ocupada principalmente por los habitantes ya asentados en los municipios colindantes y por algunos de los habitantes originarios que se animaron a tomar estas nuevas ofertas de trabajo asalariado. Menciono esto porque si durante los primeros años se carecía de servicios básicos funcionales, los “servicios” culturales eran impensables. ¿Y cómo podrían estos ser viables si la población en un principio era nebulosa? La población económicamente activa estaba la mitad del tiempo en su nueva casa, la otra mitad en el municipio del que salieron pero donde conservaban su empleo.

No fue sino hasta que Izcalli avanzó en su construcción que pudieron tener su empleo en su mismo lugar de residencia y también fue hasta este avance que muchos vecinos lograron hacer rentable el establecimiento de pequeños negocios propios.

